

Mapires

Sebucán

Tirite

Petate

Guatura

Bijao

Bejuco *mamure*

Bejuco mulato

Masimasi

Macanilla

Wana

Majagua

Curagua

Fique

A'mamaada

Guita española

Casupo

Cabuyas

Cumare

Maguey de cocui

Pute

Pita de yuca

Tiquire

Dispopo

Cocuiza

Chiquichique

Henequén

Piasaba

Damahagua

Titía

Palma moriche

Cabos de Río Negro

Árbol de la vida

Aruma

Tecuara

Jipejapas

Sombrero de cogollo de palma

Sombrero de palma tocuyana

Caña brava

Bejucos

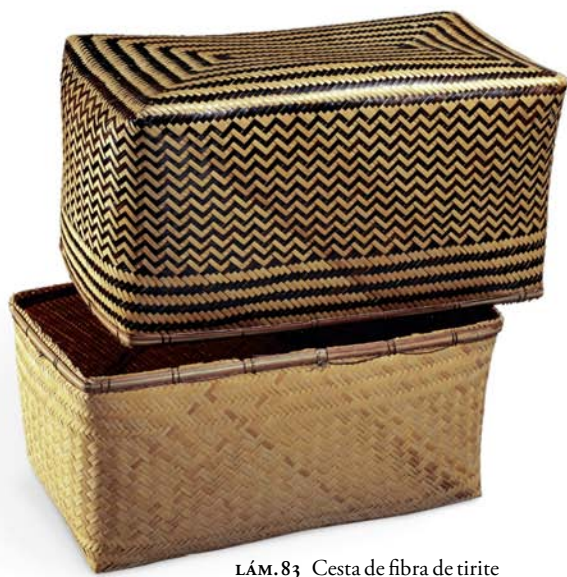
Bejuco de murciélago

Nepi

Kamai

Mapire

Manare



LÁM. 83 Cesta de fibra de tirite y mamure, tejidos de sarga. Puerto Ayacucho, estado Amazonas. FOTOGRAFÍA MORATINOS



LÁM. 82 Morichal, J. Chaffanjon, *L'Orenoque et le Caura*, Librairie Hachette et Cie., París, 1889, colección Biblioteca Nacional, Caracas. REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 84 Petaca de fibra de tirite, tejido de sarga. Santa María de Erebató, etnia yekwana, estado Bolívar. FOTOGRAFÍA MORATINOS



LÁM. 85 Fibra de chiquichique, tejido espiral, río Guainía, estado Amazonas. FOTOGRAFÍA MORATINOS

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(238)

Lelia DELGADO, textos de
*Tejidos de la tradición. Cestería
indígena contemporánea
de Venezuela*, Fundación Polar,
Fundación Casa Alejo Zuloaga,
Caracas, 1996, pág. 5.

(239)

Tejidos de la tradición, op. cit.,
exposición realizada en
Casa Alejo Zuloaga, San Joaquín,
estado Carabobo. Se recomienda
la consulta de la obra de Daría
HERNÁNDEZ y Cecilia FUENTES,
Cestería indígena, Armitano
Arte, Caracas, 1992.

(240)

Lelia DELGADO, op. cit., pág. 5.

(241)

Juan de PIMENTEL, *Relación
de Nuestra Señora de Caraballeda
y Santiago de León*, 1578, op. cit.,
pág. 129.

(242)

CEY, op. cit., pág. 41.

- 1 La sensibilidad hacia las formas y funciones de la cestería y de la cordelería fue habitual entre las etnias indígenas prehispánicas, manifestando deleite en su contemplación y uso. Fue ancestral y milenaria su labor en este arte, lo que es comprobable por el hallazgo de finas huellas que dejaron impresas en fragmentos de alfarería prehispánica: «La claridad de las impresiones ha permitido identificar algunas técnicas conocidas como tejido cruzado en diagonal y tejido en forma de damero, las cuales son masivamente empleadas en la actualidad» (238). Asimismo, comunidades indígenas y ulteriormente comunidades criollas incursionaron en la sombrerería popular, utilizando diversas fibras del país. —
- 2 En efecto, cestería y cordelería son de las pocas tecnologías indígenas que han sobrevivido hasta el presente en Venezuela. En 1996 Fundación Polar realizó una exposición, notable para la memoria colectiva de este patrimonio cultural, intitulada *Tejidos de la tradición. Cestería indígena contemporánea de Venezuela*, donde se exhibieron extraordinarias manifestaciones de este arte que revelan la perdurabilidad de la sensibilidad artística con la utilización de fibras vegetales cuasi olvidadas en el resto del país (239). Son los casos relevantes de la etnia Warao con el tejido de **mapires** o cestas de carga y de otros objetos con la fibra de **tirite** [*Ischnosiphon aroumal*]; de las **guatura** o **wii**, cesta de carga, tejida por los yanomamis con **bejuco mamure** o **masimasi** [*Anthurium flexuosorum*]; de las cestas de variadas fibras tejidas por la etnia Yekuana, utilizando tanto el **tirite** y el **mamure**, como otras denominadas la **wana** [*Guasdua latifolia*], la **curagua** [*Ananas erectifolius*] y el bejuco **a'mamaada** [*Hubebuia pentaphylla*]; de las **guapas** y **petacas** realizadas con fibras de **tirite** y **casupo** [*Ischnosiphon* spp.] por la etnia Panare. —
- 3 En la geohistoria de la sensibilidad la cestería y la cordelería tienen una gran significación, debido a que expresan una plena imbricación entre la naturaleza y el trabajo, junto a la creatividad artística del indígena: «Este oficio requiere de un conocimiento profundo de la vida de las palmas, bejucos, raíces, corozos, cogollos, cortezas y lianas, utilizados en la obtención de fibras. Una vida compartida con la naturaleza precisa de la destreza manual necesaria para retorcer, entrecruzar, enrollar, tejer, coser, plegar y amarrar cientos, miles de tramas y urdimbres; además, está la necesaria paciencia y concentración para llevar a cabo los más hermosos y complejos patrones gráficos que alegran los sentidos. La exploración de cada uno de los elementos vegetales: hojas, tallos cortezas, raíces, frutas, semillas y resinas. Nada, ni siquiera lo que se esconde bajo la tierra, permanece oculto al conocimiento botánico indígena» (240). —
- 4 Desde épocas inmemoriales se expresó en las comunidades indígenas una sostenida sensibilidad en el uso de fibras extraídas del **cumare**, del **pute**, del **tiquire**, de la **curagua**, de la **caña amarga**, de la **cocuiza**, del **henequén**, del **chiquichique**. A ellas hay que agregar otras que se han perdido en la memoria colectiva, como la **damahagua**, especie parecida a la cocuiza de la cual se hacían amarras que duraban más en el agua salada (241), y de la **piña** [*Ananas sativus*]: «Los indios en Tierra Firme las plantan mucho, porque de las hojas sacan, majándolas, ciertas fibras como cáñamo de las cuales hacen, hilándolas, cuerdas blanquecinas que son muy fuertes» (242). En efecto, sus hojas proporcionan fibras finas, fuertes y de gran valor en la confección de auténticas obras de arte expresadas en canastas pequeñas y otros objetos. —
- 5 La gran mayoría de estas fibras autóctonas se siguió utilizando durante los siglos históricos venezolanos llegando hasta el presente. Mencionaremos

sólo unas pocas, que corresponden a casos relevantes. Ellas sirvieron de materia prima para la cestería que maravilló a los conquistadores españoles desde la expedición de Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra, asombrados ante los zurroncitos de palma donde guardaban los indígenas las perlas, hasta los conquistadores de los Andes y Llanos, que se sorprendían de la magnitud de cestas y guapas. —

⁶ En la utilización de la **palma moriche** [*Mauritia flexuosa*], también conocida como *quiteve*, *iséoi*, *muriche*, *uara*, *ité*, *gaebe*, que abunda en grupos en el delta del Orinoco, Llanos orientales y alto Orinoco, se expresa uno de los casos más relevantes en la geohistoria americana de usos múltiples de un vegetal emblemático en la biodiversidad venezolana en la estructuración de un modo de vida indígena. La sensibilidad aborigen ante la proliferación de sus usos, le llevó a ser percibido como **árbol de la vida**. En las expediciones al delta del Orinoco se señalaba su uso en 1597 para tejer hamacas ⁽²⁴³⁾. Su empleo por la etnia Warao condujo al misionero jesuita José Gumilla a afirmar tajantemente que estos indígenas vivían en función de esta palma: «todo su vivir, comer, vestir a su modo, pan, vianda, casas, apero de ellas y todos los menesteres para sus piraguas y pesquerías, y varias mercancías que venden, todo sale de las palmas que Dios les ha dado en aquellas islas, con una abundancia increíble de ellas, que llaman en su lengua *murichi*» ⁽²⁴⁴⁾. Fue la experiencia vivida con esta etnia Warao, que él denominaba Guaraúnos, lo que marcó su sensibilidad al respecto, comparándolo con el empleo de la palma de cocos en los modos de vida de los aborígenes de las islas Maldivas en el océano Índico. —

(243)

Domingo IBARGUEN y VERA, *Relación sobre el Dorado y sobre la expedición de Antonio de Berrío, 1597*, en A. ARELLANO MORENO, *Fuentes para la historia económica de Venezuela*, Conferencia Interamericana de Agricultura, Caracas, 1950, pág. 200.

(244)

GUMILLA, op. cit., pág. 131, ver también pág. 135.

(245)

GUMILLA, op. cit., pág. 132.
Hay menciones también en las obras de Carvajal, Abad, Caulín y Blanco.

(246)

GUMILLA, op. cit., pág. 132.

(247)

GUMILLA, op. cit., pág. 132.

(248)

Irama CASALE, op. cit., págs. 299-301.

⁷ En este caso de la fibra de la **palma moriche** era plena su utilización en cordelería, testimoniado por diversos viajeros y misioneros: «las sogas, cordeles y amarras con que atan y traban toda cuanta es la fábrica de plaza, calles y casas, las fabrican y tuercen de un género de cáñamo, que sacan de las hojas de la misma palma» ⁽²⁴⁵⁾. También la empleaban en vestidos, redes, chinchorros: «los delantalillos que usan las mujeres, y los guayucos que usan los hombres para alguna, aunque poca decencia, sacan de unas entretelas que hay a modo de cordellate entre uno y otro pie del vástago ancho, que tienen dichas hojas en el mismo arranque por donde salen del cogollo de las tales palmas; las redes o chinchorros en que duermen, y gran cantidad de ellos, que tejen para vender (y por más que hagan, siempre sobran compradores), todo este material es del cáñamo que dije sacan de las hojas tiernas de la dicha palma: los cordeles, sogas, maromas y demás utensilios para pescar, para navegar y para cuanto se les ofrece, y mucho de esto que hacen y compran otras naciones, todo se fabrica del dicho cáñamo de las hojas» ⁽²⁴⁶⁾. —

⁸ Asimismo, la fibra del moriche era fundamental en la manufactura artesanal de la cestería warao: «todos sus canastos y cajas de varias hechuras para guardar sus cosas, y los abanicos para hacerse aire, para soplar el fuego, y para espantar los mosquitos y tábanos cuando salen de sus pueblos» ⁽²⁴⁷⁾. La gran sensibilidad y admiración ante esta palma espectacular con sus hojas en abanico ha quedado inmortalizada en la fitotoponimia de Venezuela, habiéndose registrado más de treinta referencias al nombre de sus agrupaciones como Morichal, Morichal Largo, Morichal Negro, Morichal Viejo, Morichalito, Morichalón, Morichalote y otras en los estados Delta Amacuro, Monagas, Anzoátegui, Bolívar, Guárico, Amazonas, Apure ⁽²⁴⁸⁾. —

⁹ Las fibras de la palmera **cumare** [*Astrocaryum vulgare*] la aprovechaban

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(249)

H. PITTIER, op. cit., pág. 352.

(250)

Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, pág. 45.

(251)

Isabel ARETZ, op. cit., pág. 84.

(252)

GILIJ, op. cit., tomo II, pág. 66.

(253)

Isabel ARETZ, op. cit., pág. 32,
citando a fray BUENO, *Apuntes sobre
la Provincia Misionera de Orinoco
e indígenas de su Territorio*, 1801-1804,
Caracas, 1933, pág. 80.

(254)

Lisandro ALVARADO,
Datos etnográficos de Venezuela,
en *Obras completas*, La Casa de Bello,
1989, tomo II, págs. 155-156.

los indígenas en las selvas de la Orinoquia y de la Guayana para confeccionar finísimas hamacas, redes, cuerdas y sombreros. Asimismo las fibras del *pute o aruma* [*Ischnosiphon Arouma*] se utilizaban para tejer sombreros utilizados por los indígenas de Perijá. Pittier señaló con precisión su interés estético en las Antillas: «Los caribes, según nos informa detalladamente en sus obras el padre francés Breton, lo usaban extensamente para hacer cestas, sebucanes para prensar la yuca, y varios otros objetos, coloreando las fibras y tejiéndolas de modo que formen elegantes dibujos» (249). —

- ¹⁰ Fue sumamente relevante el múltiple empleo de otras diversas palmas en los modos de vida de las comunidades indígenas. Ella se expresaba no sólo en ancestrales usos de sus fibras en cestería, chinchorros y cordelería, sino que también la utilizaron en rápidos cambios en la moda de la Venezuela hispánica, fabricando con fibras de diversas palmas nuevos artículos, en especial sombreros, que disfrutaron de gran demanda local. En el nororiente del país el misionero Caulín lo señaló con precisión a mediados del siglo XVIII: «Producen estos montes muchas, y varias especies de Palmas; como son: Palmas Reales, Carátas, Corózcos, Moriches, Chaguaramas, Palma de Sombrero, y otras muchas. De unas aprovechan los frutos; de otras los cogollos, que cocidos, y hechos ensalada, son muy delicados, y sabrosos. De otras texen con curiosidad Sombreros, de que usan, no solamente los Indios, Pardos y Negros, sino también muchos Españoles pobres, y ricos, especialmente en los caminos, por la conveniencia de ser ligeros, y muy frescos; y de las demas aprovechan la penca con sus hojas, que texidas con curiosidad, hacen una Cobija muy vistosa para casas, é Iglesias» (250). —
- ¹¹ Los indígenas utilizaban sombreros tejidos de fibras diversas, que eran percibidos con gran sensibilidad en relación a su uso, los más servían para cubrirse la cabeza de protección al sol, otros de artesanía más prolija de adorno ceremonial y de distintivo de rango (251). En estas funciones más relevantes destacan la espectacularidad del sombrero de ceremonia de la etnia Warao en forma de una mitra de tres puntas o el gorro de fiesta de la etnia Piaroa. —
- ¹² El misionero jesuita Felipe Salvador Gilij hace referencia a su empleo por los aborígenes orinoquenses: «y el sombrero que ellos mismos hacen con hojas de hermosa palmera» (252). La antropóloga Isabel Aretz ha registrado, siguiendo al misionero fray Ramón Bueno, su uso por los indígenas taparitos: «Para librarse de los aguaceros hacen unos sombreros de bejuco fino con hojas de cahipo por aforro, que forma una copa o ala como un quitasol» (253). Los indígenas guajiros usaban un sombrero de palma, *tecuara*, que ellos mismos tejían. —
- ¹³ Los cambios en funciones y modas del sombrero aborigen se fueron marcando en todo el territorio venezolano, desde los siglos coloniales, culminando en el siglo XIX. Ello fue registrado con precisión espacial por Lisandro Alvarado: «Adviértase que en las tribus del Alto Orinoco ha evolucionado paralelamente conforme al estilo de los Guajiro, usándose hoy... sombreros de *mamure* con enormes alas, que se ponen para defenderse de la lluvia y a veces del sol, como los Caribe barceloneses y los Guajiro» (254). —
- ¹⁴ El gusto por los sombreros de fibra de palma se fue imponiendo con gran firmeza. En 1768 se señalaba la importancia de su manufactura en la jurisdicción de Coro: «Produce la Palma, de la que los Indios, y demás habitantes de los campos fabrican sombreros, unos finos y otros ordina-

- (255)
Pedro Phelipe de LLAMAS,
Relación de la Jurisdicción de Coro,
Coro, 12 septiembre 1768, en Ángel
de ALTOLAGUIRRE y DUVALE,
*Relaciones geográficas de la Gobernación
de Venezuela 1767-1768*, Ediciones
de la Presidencia de la República de
Venezuela, 1954, pág. 197.
- (256)
Karl Ferdinand APPUN,
En los trópicos, Universidad Central
de Venezuela, Ediciones de la
Biblioteca, Caracas, 1961, pág. 50.
- (257)
APPUN, op. cit., pág. 257.
- (258)
Isabel ARETZ, op. cit., págs. 168-169.
- (259)
Tomás CARRILLO BATALLA,
*Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873*, Banco Central
de Venezuela, 2001, págs. 484, 496.
- (260)
Cálculo nuestro basado en las
cifras de Tomás CARRILLO BATALLA,
*Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873*, op. cit., págs. 464-496.
- (261)
Cálculo nuestro basado en las
cifras de Tomás CARRILLO BATALLA,
*Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873*, op. cit., págs. 470-492.
- rios, que comercian dentro de la misma tierra por usarlos toda la gente común, y también la de blancos en el campo, cuyos sombreros se venden al precio de dos reales los ordinarios, y los finos á seis y ocho reales» (255). —
- 15 La sensibilidad en el empleo de los típicos sombreros populares, elaborados con fibras de palma, se puede observar en relatos, dibujos y pinturas del siglo XIX. El viajero Karl Ferdinand Appun, hace referencia a su uso en los años en que vivió en Venezuela entre 1849 y 1859 quedando impactado por el empleo de esta cobertura de ala ancha en Puerto Cabello: «Una multitud de jinetes, el ancho sombrero en la cabeza, por los hombres la manta blanca, espuelas con enormes ruedas fijadas en los zapatos o en los pies desnudos, pasaban junto a mí galopando en guapos caballos o mulas» (256). La introducción del sombrero de jipijapa fue temprana y pronto se difundió por todo el país, señalándose en el citado período en Naguanagua: «Hay caballeros con largas polainas abotonadas hasta las rodillas, encima de los pantalones, con la blanca manta corta y bonitamente bordada que cuelga sobre la chaqueta, y jipejapas de alas dobladas hacia arriba con atrevimiento» (257). —
- 16 La antropóloga Isabel Aretz ha realizado, basándose en costumbristas y otras fuentes, una caracterización regional de los sombreros tradicionales en Venezuela, enfatizando en que todavía en la década de los años setenta del siglo pasado, cada región venezolana se caracterizaba por su sombrero, tanto por la forma y el tamaño, como por los materiales de que estaba hecho y hasta la manera de llevarlo. Precisa el uso del **sombrero de cogollo de palma** en los Llanos, del **sombrero de palma tocuayana** y el de **cogollo** en la región barquisimetana, de sombreros de cogollo de caña brava y de moriche en Guayana y otros muchos (258). Hasta mediados de la década de 1910 en muchas comarcas del occidente del país, como Quíbor, se tejían millares de sombreros de cogollo, perdiendo mercado y siendo desplazados ulteriormente por la competencia de la fabricación en diversos sitios, como Carora, de sombreros de paja ordinaria, mucho más baratos. —
- 17 Ha sido controversial la posibilidad de la existencia en estado natural en Venezuela de la **palma jipijapa** [*Carludovica palmata*], planta del litoral ecuatoriano en la zona de Manabí y Esmeraldas, cuyas fibras de las hojas, conocidas como **paja toquilla**, se aprovechan para el tejido de los reputados sombreros homónimos. Adolfo Ernst menciona esta especie como existente en el país sin especificar su hábitat. En cambio, Henri Pittier no la encontró, salvo cultivada en parques y jardines. La referencia más antigua que hemos encontrado se refiere a su utilización a mediados del siglo XIX y la exportación de sombreros de jipijapa en el año fiscal 1849-1850, distinguiéndose allí claramente de los sombreros de paja ordinaria. También se exportó en el año fiscal 1865-1866 (259). —
- 18 Lo cierto es que para la sensibilidad interna e incluso para la exportación se logró afianzar durante el siglo XIX en diversos sitios del país una activa artesanía de sombreros confeccionados de fibras de palma o de otras especies, conociéndose genéricamente como **sombreros de paja**. Entre 1837 y 1866 se registró la exportación de 610.817 unidades de este tipo de sombreros (260). La demanda de palmas se marcó incluso en la exportación de ejemplares vivos, estimándose que se exportaron millares de ejemplares entre 1842 y 1855 por un valor de 274.837 pesos (261). Una exportación destinada a satisfacer exquisitas sensibilidades en el extranjero, tema inédito que revela las extraordinarias opciones de la biodiversidad nacional. —

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

- ¹⁹ La **caña amarga o caña brava** [*Gynerium sagittatum*] también fue muy utilizada por las fibras de su cogollo, sirviendo de materia prima en la artesanía de manares, cestas, cinchas y sombreros. En varios sitios los españoles aprovecharon esta habilidad de los indígenas, favoreciendo como en El Tocuyo en 1720 la artesanía de petacas de cañas para elaborar cuidadas cajetas de tabaco: «Se hacen en esta Jurisdicción de dos a tres mil petacas de caña, para empetacar tabaco de las cuales se proveen las Jurisdicciones de la Provincia» (262). —
- ²⁰ Diversas especies de **bejucos** fueron utilizados simultáneamente en cestería y cordelería. Su papel fue fundamental en la cordelería de construcción. En el nororiente del país el misionero Caulín describía las razones de su preferencia en esta actividad: «Son comunísimos en toda montaña unos, que aquí llaman Bejucos, de varias especies, que á la manera de latigos, ó tomizas, suplen la indigencia de clavos, y sirven para la ligazon de los maderos de casas, Templos, andamios, y otros muchos menesteres; y tan incorruptibles, que estando fuera de la humedad de la tierra, se encuentran después de sesenta años, tan fuertes como el día, en que se cortaron» (263). A su vez, el misionero Gilij reitera en su utilización en la Orinoquia: «Las selvas, lo mismo próximas que alejadas del Orinoco, están todas enredadas con ciertos bejucos que en nuestra lengua podríamos llamar enredaderas. De estas, como diremos en otra parte, se hace gran uso en América. Con ellas atan los cercados, ellas hacen las veces de clavos para atar un madero con otro, son la fuerza de los tejados y de las paredes» (264). —
- ²¹ Para trabajos sumamente finos de hilados sutiles se aprovechaba el **bejuco de murciélagu** [*Bignonia* sp.], muy difícil de preparar: «Más estimable es la que llaman del **murciélagu**. De esta enredadera no se hace uso sino del interior. Se abre con las manos (pues es muy fácil de rajarse por el medio) y dentro se encuentra un alma, por decirlo así, que es a modo de una cuerdecita suave, fácil de manejar, flexible y excelente para los trabajos menudos. Todo el resto de este bejuco, excepto la médula ya dicha, es muy frágil e inadecuado para servir de atadura» (265). Para manufacturas más recias se prefería el **bejuco de mamure** [*Anthurium flexuosum*], de tallos largos y flexibles, abundante en sabanas del Orinoco: «Mas por bueno que sea el bejuco del murciélagu, la especie mejor de todas, la más flexible y fuerte es el **mamure**, llamado **nepi** por los maipures, en cuyas selvas nace en gran abundancia. El mamure es también de duración increíble, y en las cabañas cuyas maderas están atadas con él, se puede estar tranquilamente. Tan bien resisten a la furia de los vientos. En las selvas cercanas al Orinoco no se encuentra este bejuco, que es sólo propio de las grandes sabanas. Pero el que puede disponer de él, lo prefiere a todos los demás. Los otros bejucos se rompen fácilmente y no se usan sino después de torcerlos, como hacen con los sauces nuestros campesinos» (266). —
- ²² Se ha dado escasa atención a la delicada sensibilidad de los aborígenes en el empleo de fibras duras y blandas en sus textiles. En el ámbito prehispánico hilar y tejer decenas de fibras autóctonas eran actividades preferentes de las mujeres, incorporándose más tarde, en tiempos históricos, los hombres, aunque a mucho menor escala. Ha sido una constante geohistórica la manutención hasta el presente de sus múltiples tejidos. Entre otros muchos casos es sumamente valiosa la referencia de perdurabilidad de primorosas labores en descendientes de los indígenas chaimas: «En el campo de la cestería los chaima tenían fama entre las tribus vecinas por la elaboración de canastos o cestos de varios tipos, entre

(262)
OLAVARRIAGA, op. cit., pág. 282.

(263)
Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, pág. 45.

(264)
GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 176.

(265)
GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 176.

(266)
GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 177.



LÁM. 86 Detalle de chinchorro tejido con fibra de curagua, Aguasay, estado Monagas (arriba). Detalle de chinchorro de tripa de fibra de cocuy, Baragua, estado Lara (abajo). *Hamacas y chinchorros: Tejidos venezolanos*, Fundación Polar, Fundación Casa Alejo Zuloaga, San Joaquín, 2001. REPRODUCCIÓN LUIS MOLINA PANTIN



LÁM. 87 Chinchorro tejido de fibra curagua, Aguasay, estado Monagas. *Hamacas y chinchorros: Tejidos venezolanos*, Fundación Polar, Fundación Casa Alejo Zuloaga, San Joaquín, 2001. REPRODUCCIÓN LUIS MOLINA PANTIN



XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(267)

De CIVRIEUX, op. cit., págs. 156-157.

(268)

STRAUSS, op. cit., pág. 173.

(269)

Lisandro ALVARADO, *Glosario de voces
indígenas...*, op. cit., tomo I, pág. 128.

(270)

Ermila TROCONIS de VERACOECHEA,
op. cit., pág. 94. Nieves AVELLÁN
de TAMAYO, *En la ciudad de El Tocuyo,
1545-1600*, Biblioteca de la Academia
Nacional de la Historia, Fuentes
para la Historia Colonial de Venezuela,
Caracas, 1997. Hace mención en el
tomo I, pág. 475 a que los indígenas
de El Tocuyo elaboraban la cocuiza para
torcer hilos y cuerdas y también para
hacer *maures* y *marusas* para envasar
productos.

(271)

Jacinto de CARVAJAL, op. cit., pág. 168.

(272)

Juan de PIMENTEL, op. cit.,
págs. 128-129. Mención a exportación
a Margarita, pág. 134.

(273)

*Cedularios de la Monarquía Española
de Margarita, Nueva Andalucía
y Caracas (1553-1604)*, *Cedulario de
Margarita (1553-1604)*, edición conjunta
de la Fundación John Boulton, Fundación
Eugenio Mendoza y Fundación Shell,
Caracas, 1967, en estudio preliminar de
Enrique OTTE, tomo I, págs. XXVIII, XXXIII.

los que se destacaban: el *kamai* o *kaima*, canasto grande; el *mamure*, que toma nombre de ese *bejuco* [*Anthurium* spp.], cuyos tallos utilizaban para su fabricación... Otros artefactos tejidos con fibras vegetales eran: el *mapire*, cesta pequeña para colgar en el hombro; el *manare*, cedazo entretejido para cernir particularmente la harina de yuca; el *sebucán*, prensa en forma tubular, el *petate*, estera para dormir o descansar hecha con fibras extraídas de la hoja del *bijao* [*Heliconia bijai*]» (267). Otras plantas utilizadas por sus fibras en cestería eran el *bejuco mulato* [*Paullinia frutescens*], la *caña amarga*, la *macanilla* [*Bactris setulosa*], la *majagua* [*Hibiscus tiliaceus*] y la *caruata* [*Furcraea* spp.]. Todo un mundo vegetal donde se imbricaban con arte popular múltiples fibras autóctonas en cordajes y cestería. ─

- 23 Las fibras de la *cocuiza* [*Fourcroya humboldtiana*], también conocida como *pita* y *fique*, eran utilizadas intensamente por los indígenas prehispánicos en dos variedades, la denominada *caruata* por los que poblaban el seco litoral y transpaís del mar Caribe, y la llamada *curaguat* que tenía su hábitat en las comarcas de la Orinoquia. Ambas variedades se utilizaban para labores de cestería y en las paredes de sus bohíos de vivienda (268). Asimismo se empleaba con especial sensibilidad la variedad *Fourcroya geminispina* en los paisajes áridos de Barquisimeto (269). También era fundamental en los parajes de Quíbor: «La cocuiza, muy abundante sobre todo en el valle de Quíbor, era la materia prima con la cual elaboraban la *pita*, con la cual, tejían hamacas y chinchorros...» (270). Coetáneamente otras variedades se utilizaban en la Venezuela profunda, como fue testimoniado en las comarcas apureñas en 1648 por fray Jacinto de Carvajal al encontrar en una ranchería indígena: «ymmensas madejuelas de cabuya delgada y torcida, muy parecida a la guita de España e hilo de acarreto, muchilas tejidas, paños de lienzo tejidos con primores...» (271). ─
- 24 Los conquistadores españoles aprovecharon las fibras de *cocuiza* desde el período del Encuentro, debido a que el hábitat óptimo de esta planta se reconocía en los matorrales secos de la tierra caliente que coincidía con los litorales del centro y occidente del país donde se evidenciaron los primeros asentamientos hispánicos. Con la experiencia previa de los pobladores indígenas se les proporcionó una fuerte fibra larga que se utilizó en la manufactura de cestería, hamacas, sacos y otros adminículos. ─
- 25 En la Relación del gobernador Juan de Pimentel en 1578 se menciona la *cocuiza* como uno de los principales productos del comercio de Caracas con Margarita. Ello se explicaba debido a que la variedad *caroata* proliferaba ampliamente en la tierra de la jurisdicción caraqueña: «Hay otro árbol que en nombre de indios se llama *caroata*, y en otras partes *maguey* que echa un mástil largo derecho de grosor como la pierna; sirve para enmaderar *buhíos*, y al pie de él echa unas pencas largas como de vara y media las cuales cortadas y espadanadas y raídas se les saca de cada una un copo como de cáñamo blanco, del que se hacen sogas, xáquimos, cinchas y alpargatas, y otras cosas de que el cáñamo suele servir» (272). Entre 1583 y 1596 Cumaná recibía desde Caracas un total de 34 arrobas de fibras de *cocuiza* y 1.000 fajas de pita de este mismo material. La óptima sensibilidad ante esta fibra autóctona llevó a que se exportara en 1592 desde Maracaibo a Cartagena de Indias (273). En el año 1600 se exportaban desde el mismo puerto 39 libras de hilo de pita a Río de Hacha. ─
- 26 La importante exportación interregional e incluso antillana de la *cocuiza* caraqueña continuó manifestándose en el temprano siglo XVII, registrán-

- (274)
Cedulario de Margarita, op. cit., tomo I, pág. XXVIII.
- (275)
Carta de dote otorgada por Francisco de Triana, Mérida, 29 noviembre 1578, en *Protocolos del siglo XVI*, op. cit., pág. 17.
- (276)
Obligación de Alonso Sánchez de Oviedo, Caracas, 24 enero 1597, en *Protocolos del siglo XVI*, op. cit., pág. 142.
- (277)
Obligación de Salvador Leal, Caracas, 5 marzo 1597, en *Protocolos del siglo XVI*, op. cit., pág. 151.
- (278)
 Eduardo ARCILA FARÍAS, *Hacienda y Comercio de Venezuela en el siglo XVI*, Banco Central de Venezuela, Caracas, 1983, tomo II, pág. 126.
- (279)
 Eduardo ARCILA FARÍAS, *El régimen de la encomienda en Venezuela*, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Economía, Instituto de Investigaciones, Caracas, 1966, pág. 229.
- (280)
 Eduardo ARCILA FARÍAS, *Economía colonial...*, op. cit., tomo I, pág. 98. Las mismas indígenas tenían que ir a buscar el junco en sitios pantanosos para las esteras y las cañas para los cataures.
- (281)
 Joseph Luis de CISNEROS, op. cit., pág. 42 v.
- (282)
 CEY, op. cit., pág. 42.
- dose en 1604 una remesa de cinco libras y media de pita a Puerto Rico y en 1606 otra de siete libras a Margarita (274). —
- 27 En el ámbito interno en los medios sociales hispánicos y criollos se afianzó rápidamente la sensibilidad en el empleo de las fibras de pita. En los *Protocolos del Siglo XVI* hay múltiples referencias acerca de su empleo, observándose en una carta de dote que una toca de red de pita competía con tocas de seda de España (275). En Caracas en 1597 se observaban transacciones significativas de pita, valorizándose a siete pesos de oro fino la libra de esta cuerda vegetal (276). En el mismo año un vecino de Trujillo y estante en Caracas se obliga a pagar «a Antonio Adornio 11 libras de pita, de la que se hila en esta gobernación, por razón de las siguientes mercancías: un sombrero, en cuatro pesos. Doce varas y media de jergueta de flor de romero. Doce varas de damasco blanco. Siete varas de tafetán. Dos pares de media de lana» (277). La cuantía de la mercancía importada nos revela la elevada cotización e interés del hilo de pita, llegando a servir para las transacciones mercantiles menores, en las que participaba como instrumento de cambio (278). —
- 28 Los encomenderos aprovecharon la destreza ancestral indígena en la elaboración de fibras autóctonas, como lo refieren en muchas ocasiones. La manufacturación de las fibras de cocuiza fue fomentada por los encomenderos y muchos tributos indígenas se pagaban con su hilo de pita. Hacia 1660 y 1662 se registra en una encomienda fabricación de hamacas; en dos encomiendas fabricación de cordeles para pescar; en dos encomiendas fabricación de esteras; en una encomienda fabricación de pita; en una encomienda fabricación de cabuya (279). Ello también se evidenció en una encomienda de indígenas moporos que el español Simón Negrete poseía en el pueblo de Barbacoas en la jurisdicción de Maracaibo: «Había ahí doce indias viudas que Negrete ocupaba todo el año en hilar pita y hacer tejidos de paja (estera y cataures), y 57 indias casadas a las que quitaba dos pesos de plata anuales. De esta manera que además de los servicios y de las especies, este encomendero recibía un beneficio anual de 114 pesos» (280). —
- 29 El interés por los artículos elaborados con fibras de cocuiza incidió en intensos procesos de transculturación, evidenciándose en pleno siglo XVIII su artesanía por religiosas de clausura en Trujillo: «Las monjas trabajan diferentes tejidos de pita, que se estiman mucho» (281). —
- 30 La positiva percepción acerca de la gran utilidad de esta fibra fue ampliamente testimoniada. El conquistador florentino Galeotto Cey lo reitera en el litoral occidental y transpaís inmediato a mediados del siglo XVII señalando las modalidades de su manufactura: «De estas hojas agudas se saca un cierto cáñamo que se llama cocuiza. Cortan dichas hojas, después las ponen distantes una de otras, sobre un leño redondo, como para pelar cueros, amarradas a él de modo que no se caigan; después las golpean con varas quebrantándolas y luego con un palo tallado como un cuchillo, con las dos manos, raspan dichas hojas sacándoles la carnosidad verde y acuosa, de mal olor, hasta que quedan limpias las hebras, en un haz como cáñamo, las cuales los indios hilan y hacen con ellas sogas y esas redes en las cuales duermen, llamadas hamacas, y a los cristianos les sirven para hacer suelas de zapatos, cuerdas y otras necesidades, y si no hubiese esta hierba, no sé cómo habría yo hecho, que es un gran recurso para quien va por aquellos países» (282). Hay una total continuidad en su empleo durante todo el período de la Venezuela Hispánica, lo que se infiere del testimonio del misionero Antonio Caulín en el siglo XVIII:

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(283)

Fray Antonio CAULÍN, op. cit.,
tomo I, pág. 45.

(284)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 175.

(285)

Pedro Phelipe de LLAMAS,
*Relación de la jurisdicción de la
ciudad de Coro*, Coro, 12 septiembre
1768, en Ángel de ALTOLAGUIRRE,
op. cit., pág. 197.

(286)

Joseph Vicente de TARBE,
Relación de la ciudad de Carora,
Carora, 20 mayo 1768, en
Ángel de ALTOLAGUIRRE, op. cit.,
págs. 163-164.

(287)

CEY, op. cit., pág. 42.

«Críase con abundancia una especie de Pita, que los indios llaman Caruáta, y los Españoles Cocuiza, de que hay otra especie en Orinoco, llamada Curáguá, ó Curaguáte; y de ambas se hacen cuerdas, sogas, y otras muchas cosas» (283). —

- 31 El misionero Felipe Salvador Gilij confunde las fibras de la **cocuiza** con el **maguey**, aunque da acertadas referencias a su profusa utilización: «No sé si ha de contar entre los arbustos (hierba ciertamente no es, y árbol no parece) la cucuísa, llamada de otro modo maguey. Se halla en abundancia tanto cerca como lejos del Orinoco. Sus hojas son de largas ordinariamente una vara, y de un verde que tira al ceniciento, terminado en punta y espesas a manera de tejuelos. Quien ha visto el áloe, no raro en Italia, tiene una idea justa de la cucuísa, salvo que en medio de las hojas de la cucuísa despunta a su tiempo y se levanta a la altura por lo menos de un hombre un bastón del grueso ordinario de un puño. Este vástago o bastón se divide en la parte más alta en varias ramas pequeñas que tienen también hojas pequeñísimas. El fruto de la cucuísa es alargado, siempre verde, y coronado de hojas pequeñas a la manera del ananá. Caído en tierra, se agarra a ella con las raíces que echa, y en poco tiempo se vuelve semejante a su madre. Con las fibras de la cucuísa se hace un hermoso hilo. De sus hojas ligeramente tostadas se saca un jugo abstersivo que es muy a propósito tanto para limpiar las úlceras como para sanarlas» (284). —
- 32 Los sectores populares expresaban una especial sensibilidad ante los artículos manufacturados de fibra de cocuiza. Ello es relatado por Pedro Felipe de Llamas en la jurisdicción de Coro en 1768: «también produce el terreno la cocuiza, la cual reducida á vna pita ordinaria, se hacen de ella porción de Chinchorros para el vso comun, y dormitorio de los Indios, y gente pobre, con cuya especie pagan los Indios sus tributos, fuera de la mucha cocuiza, que se gasta, y consume en toda la Jurisdicción, en los aperos de las vestias y otros servicios» (285). En el mismo año se informa de su empleo en la jurisdicción de Carora, haciéndose hincapié en las potencialidades de su artesanía al ejemplo mexicano, no circunscribiéndose sólo a su empleo cotidiano por los sectores más pobres de la población: «Abunda también la Cocuiza, labrase poca solamente la que se consume en aparejos de harrias, y cuerdas para colgar Amacas, que llaman jicos; la que si trabajaran los naturales en mochilas como lo hazen los de Campeche se vtilizarian mucho, ai mucha. La maior parte de las casas de la gente pobre, y aun los de mediana Conveniencia, en donde estan mui lejos los palmares, las cubren con estas pencas» (286). —
- 33 El **henequén**, fibra de varias especies de Fourcroya y Ágave, se utilizó frecuentemente para elaborar textiles bastos, especialmente sacos. La temprana utilización de su fibra permitió hacer cordajes comparables a la **guita española**, resistente cuerda delgada de cáñamo: «Otra especie hay de esta hierba, muy similar, llámanla los indios henequén, las hojas un poco más estrechas, más duras y no tan verdes, no se come; sácase cáñamo del mismo modo, mucho más fuerte que la cocuiza, pero no hay tanta cantidad y sirve a los indios para cuerdas de arco y para pescar; y las hojas de uno y otro sirven también para cobertura de cabañas o chozas bajas, porque son muy pesadas» (287). —
- 34 Fernández de Oviedo indicó las particularidades de las **cabuyas** de cocuiza y del **henequén**, revelando datos inéditos acerca de su tecnología, que se pueden comparar con los proporcionados por Cey en referencia a la cocuiza, que hemos referido con anterioridad: «La cabuya es una manera de hierva que quiere parecer en las hojas á los cardos ó lirios, pero

mas anchas é mas gruesas hojas: son muy verdes, é en esto imitan los lirios, y tienen algunas espinas é quieren parecer en ellas á los cardos. El henequen es otra hierva que tambien es así como cardo; mas las hojas son mas angostas y mas luengas que las de la cabuya mucho. De lo uno y de lo otro se hace hilado y cuerdas harto récias y de buen parecer, puesto quel henequen es mejor é mas delgada hebra. Para labrarlo, toman los indios estas hojas é tiénelas algunos dias los indios en los raodales de los rios ó arroyos, cargadas de piedras, como ahogan en Castilla el lino; y después que han estado assi en el agua algunos días, sacan estas hojas é tiendenlas á enxugar é secar al sol. Después que están enxutas, quiébranlas, é con un palo á manera de espadar el cáñamo, hacen saltar las cortecas é aristas é queda la hebra de dentro de luengo á luengo de la hoja: é á manera de cerro júntanlo é espádanlo mas, é queda en rollos de cerro que parece lino muy blanco é muy lindo, de lo qual hacen cuerdas é sogas é cordones del gordor que quieren, assi de la cabuya como del henequen; é aprovéchansse dello en muchas cosas, en especial para hacer los hicos ó cuerdas de sus hamacas ó camas en que duermen, y encabuyallas, para que estén colgadas en el ayre, [...] Alguno deste henequen (y tambien de la cabuya) es hilo blanco é muy gentil; é otro es algo rubio» (288).

(288)

FERNÁNDEZ de OVIEDO, op.cit.,
tomo II, págs. 181-182.

(289)

Obligación de Alonso de Montemayor y su mujer Francisca de Ledesma a pagar en pita de yuca, Caracas, 6 febrero 1597, en *Protocolos del siglo XVI*, op.cit., pág. 149.

(290)

Fray Antonio CAULÍN, op.cit.,
tomo I, pág. 70.

(291)

Tomás CARRILLO BATALLA,
Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873, op.cit., págs. 467-494.

(292)

Adolfo ERNST, *La Exposición Nacional de Venezuela en 1883*, 1, en *Obras completas*, compilación por Blas Bruni Celli, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1986, tomo III, pág. 562.

(293)

Adolfo ERNST, *La Exposición Nacional de Venezuela en 1883*, op.cit., págs. 423-424.

- La comparación de estas fibras autóctonas con cerros o manojos de lino, después de rastrillado y limpio, nos señala indirectamente la grata sensibilidad hispánica ante la cocuiza y el henequén. ─
- ³⁵ Especial importancia tuvo el **magüey de cocui** [*Yuca accaulis*], haciéndose temprana mención a su empleo en la jurisdicción de Caracas, refiriéndose a su fibra como **pita de yuca** (289). El **magüey** proliferaba en la fachada marítima de la depresión del Unare. En 1756 es anotado más extensamente por fray Antonio Caulín: «En toda la Costa del mar del Norte, que corre desde Cumaná hasta la Provincia de Caracas, y en otras muchas partes de ambas Provincias, se cria silvestre la celebrada mata de Magüei muy semejante á la Pita de España» (290). ─
- ³⁶ En el siglo XIX el gusto foráneo por la artesanía de fibras de cocuiza y henequén explica su sostenida exportación. En el año fiscal de 1841-1842 se exportaron 141 pesos en mecates; en 1854-1855 se exportaron 41.907 grandes rollos de jarcia por valor de 8.083 pesos y entre 1843 y 1845 más de 1.750 rollos de cordeles por valor de 2.366 pesos. Incluso los hilos de fibras autóctonas competían con reexportaciones de diversos tipos de hilos importados, como los de lino, estraza, lana, marfileño, de seda, de hueva y otros (291). Según Ernst el cultivo del **lino** [*Linum usitatissimum*] se había introducido en el país en el siglo XIX, afirmando en la Exposición de 1883 que: «el lino se cultiva en muchos lugares del país, aunque ciertamente no en abundancia; pero el producto basta para los tejidos que se hacen en el país con esta substancia» (292). En dicho evento hubo una sola muestra de lino procedente de Maturín: «formada de los tallos completos provistos aún de sus frutos cápsulares. Estos tallos tienen medio metro de largo, hemos preparado la fibra de algunos de ellos y obtenido una muestra muy hermosa de lino en rama: resultado bastante sorprendente, puesto que Maturín tiene una temperatura muy elevada, que no creíamos favorable a la vegetación del lino. Ensayos de cultivo que hemos hecho con semillas de la Colonia Tovar, de Barquisimeto y de Mérida, nos han dado un excelente resultado, [...] y las fibras son tan blancas y fuertes como las mejores de Europa y de los Estados Unidos» (293). Una vez más la sensibilidad de los positivistas de Venezuela ante bellos tejidos les hacía expresar las virtualidades de la tropicalidad nacional. ─

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(294)

Tomás CARRILLO BATALLA,
Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873, op. cit., págs. 464, 470.

(295)

MINISTERIO DE FOMENTO,
*Apuntes estadísticos del estado
Barquisimeto,* Imprenta de La Opinión
Nacional, Caracas, 1876, pág. 295.

(296)

*Apuntes estadísticos del estado
Barquisimeto,* op. cit., pág. 295.

(297)

*Apuntes estadísticos del estado
Barquisimeto,* op. cit., pág. 295.

(298)

Mensaje del general Jacinto Fabricio
Lara a la Legislatura de Barquisimeto,
1878, reproducido por Telasco
MAC-PHERSON, *Diccionario histórico
geográfico, estadístico y biográfico
del estado Lara,* Puerto Cabello, Imp.
de J. A. Segrestáa, 1883, pág. 296.

(299)

T. MAC-PHERSON, op. cit., pág. 111.

- 37 Ello no hizo abandonar las posibilidades de las exportaciones de sacos elaborados con fibras de **henequén**. En 1837-1838 se exportaban 540 sacos y en 1842-1843 otros 425 sacos de henequén (294). —
- 38 En la geohistoria de la percepción positiva de las fibras autóctonas fue sumamente importante la recolección, las actividades artesanales y de la protoindustria de las fibras sumamente parecidas de la **cocuiza** [*Fourcroya humboldtiana*] y del **dispopo** o **cocui** [*Agave cocui*]. La producción de estas fibras fue muy grande en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, especialmente en las regiones de Barquisimeto, Coro y los Andes, conociéndose como **fique**. Se utilizaba principalmente en la fabricación de textiles resistentes para sacos, mochilas, chinchorros, cabestros. De gran significación fue hasta la década de 1920 su uso para fabricar sacos para las exportaciones de café. —
- 39 La geografía social del fique se expresaba fundamentalmente en actividades de mujeres de escasos recursos, lo que se marcaba en los áridos parajes larenses en la década de 1870. Las mujeres hacen los trabajos de descorticar, machacar, desfibrar y secar las fibras del cocuy produciendo los filamentos de dispopo, con los cuales tejen chinchorros: «Esta planta cuyo filamento se conoce con el nombre de dispopo, se aplica para la construcción de chinchorros o camas colgantes y de otras telas útiles para el servicio de las familias» (295). Singular importancia para el transporte de café y granos tiene el trabajo artesanal de los filamentos de la cocuiza, material con el cual se tejen en talleres artesanales alrededor de 100.000 sacos anualmente: «Los filamentos de la cocuiza producen la materia prima y única para la construcción de los sacos que se denominan de henequén y del mecate» (296). Hay que destacar que la elaboración de estas plantas silvestres y la comercialización de sus productos hace vivir a muchos pobladores en estas áridas comarcas; dando lugar además al surgimiento de sectores comerciales prósperos: «Detrás de los productos de estas plantas se desarrolla el interés creciente de su comercio y sumas considerables de dinero para adquirirlos» (297). —
- 40 En las décadas finales del siglo XIX se inicia una protoindustria de algunos de estos productos rurales, como se observa con la instalación de fábricas de sacos de cocuiza «en que se emplean multitud de obreros de la clase pobre» (298). En varios sitios coexisten las actividades artesanales y protoindustriales, extendiéndose la innovación en los sectores rurales larenses más aislados: «Las mujeres de la clase pobre se ocupan ordinariamente en tejer sombreros y prendas de hilo ó de tiras finas de cordoban; en tejer chinchorros con hilos más o menos delgados, que preparan con la fibra que extraen de la penca ú hoja del cocui. En algunos municipios como en Marigua, Río de Tocuyo, Aregue y Araure hay una industria de mas consideración. Con las fibras de la cocuiza que algunas tienen hasta dos metros de largo, tejen cabestros mui resistentes, y sacos, que en grande cantidad emplean para los usos diarios, para la traslación de cereales y para llevar el café á Coro. Todos estos diversos productos de la industria fabril son tan abundantes, que el excedente del consumo es suficiente para que con él se emprendan otras especulaciones con los distritos vecinos de los Estados limítrofes» (299). —
- 41 El tejido del **fique** cambió totalmente las condiciones de vida en toda la región larense. A finales de la Venezuela prepetrolera ello se visualizaba, entre otros tantos casos, en sitios tan disímiles como Quíbor y Río Tocuyo. En el caso de Quíbor se producían anualmente hacia 1917 dos mil docenas de sacos de cocuiza, dos mil docenas de alpargatas con planta

de cocuiza, diez mil unidades de morrales, quinientos rollos de fique, dos mil kilos de mecate torcido, diez mil kilos de clinejas: «Las principales industrias de Quíbor y de las cuales viven una considerable parte de sus habitantes, son con la cocuiza, la fabricación de sacos, mecate, cabuya, fiques, chinchorros, cinchas, morrales, clinejas y plantas para alpargatas»⁽³⁰⁰⁾. Esta enorme producción artesanal obligaba a que se debiera traer gran parte de la materia prima de la cocuiza de Los Yabos y El Dispopal. —

- (300) Daniel GRATERÓN, *Breves anotaciones históricas sobre la ciudad de Santo Tomás del Valle de Quíbor*. Publicaciones Culturales de la Biblioteca Pública Juan Bautista Rodríguez de Quíbor, Imp. Victoria, Quíbor, 1941, pág. 9.
- (301) Pedro PEREIRA, *Río Tocuyo. Aspectos de su pasado y su presente*, Biblioteca de Cultura Larense, Edit. Ávila Gráfica, Caracas, 1952, pág. 254.
- (302) Pedro PEREIRA, op. cit., pág. 253.
- (303) Imágenes proporcionadas por gentileza de la Casa Alejo Zuloaga, publicadas en el catálogo que acompañó a la exposición *Hamacas y chinchorros: Tejidos venezolanos*. San Joaquín, 2001.
- 42 Igualmente espectacular fue el caso registrado en Río Tocuyo, como lo señaló Pedro Pereira a comienzos del siglo pasado: «La cocuiza en aquellas regiones es silvestre, nadie la cultiva, esta es baldía. En 1905 que conocí aquellos lugares, estaba la elaboración de sacos en mayor auge, ya para aquel tiempo se decía que la cocuiza se acabaría, que dentro de poco no habría para la fabricación de sacos, pero sin embargo la producción no ha disminuido y El Cambural tuvo cocuiza hasta estos últimos años, en que para la industria de sacos han venido importándola de otros lugares del Municipio, de algunos del Distrito Urdaneta y principalmente de Barquisimeto de la que cultiva o vende la Compañía del Ferrocarril Bolívar»⁽³⁰¹⁾. —
- 43 A finales de la Venezuela prepetrolera esta microrregión de El Cambural comprendía los caseríos larense de Quiriquire, Boca de Guazá, Quiebracho, Bucarito y Curarí, contando con 244 telares de tejer la fibra de cocuiza para sacos. La artesanía era sustentada en difíciles condiciones de trabajo: «Estos telares son criollos y de tosca construcción. En comparación con la producción de sacos de estos lugares, los demás que se producen en jurisdicción del Estado Lara no merecen mencionarse. La producción de sacos de cocuizas en El Cambural y sus alrededores se ha calculado aproximadamente en quinientas mil cargas al año o sea un millón de ejemplares, producido por el trabajo de hombres, mujeres y niños de ambos sexos, desde seis a siete años en adelante. ¿Cuántos bostezos?... y no de fastidio... en aquellos infantes con un violín en la izquierda y el arco en la diestra (el huso o rueca) andando hacia atrás torciendo millaradas de cabuyas para el tejido de ese millón de sacos anuales»⁽³⁰²⁾. —
- 44 Desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX la protoindustria larense del fique se convirtió en una productiva industria local. Incluso sobrepasó el período de la Venezuela prepetrolera y llegó al presente. En las imágenes adjuntas se puede observar la exquisita sensibilidad y excelencia a que ha llegado la Compañía Anónima Fibro Textil del estado Lara, empresa con ochenta años de existencia, en el proceso de fabricación de sacos, mecates y cordeles. En las figuras adjuntas se puede observar el fino trabajo de tejido de diferentes fibras en la elaboración de chinchorros.⁽³⁰³⁾. —
- 45 Otro producto textil autóctono que ha mantenido perdurabilidad desde sus espacios productivos en la Venezuela profunda, en la Orinoquia y Amazonia, son las fibras extraídas de la palmera **chiquichique** o **piasaba** [*Leopoldinia piassaba*] cuyo hábitat es común en las riberas del Río Negro, Temi y Atabapo, adelantándose hasta Maipures en los paisajes orinoquenses. Sólo hemos encontrado noticias de su utilización por los indígenas de la Amazonia venezolana a finales del siglo XVIII, cuando fue introducida la artesanía empleada en el Brasil por un oficial español en las misiones meridionales: «Fue don Antonio Santos célebre en el país por el viaje que hiciera con el propósito de descubrir el lago Parima,

XI. *La sostenida
sensibilidad en el uso
de fibras autóctonas
en cestería, sombrerería
y cordelería.*

(304)

Alejandro de HUMBOLDT,
*Viaje a las regiones equinociales del
Nuevo Continente*, Ediciones del
Ministerio de Educación, Caracas,
1956, tomo IV, pág. 204.

(305)

HUMBOLDT, *Viaje a las regiones
equinociales*, op. cit., tomo IV, pág. 204.

(306)

HUMBOLDT, *Viaje a las regiones
equinociales*, op. cit., tomo IV, pág. 204.

(307)

Agustín CODAZZI, *Resumen de la
geografía de Venezuela*, en *Obras
escogidas*, Biblioteca Venezolana de
Cultura, Caracas, 1960, tomo I, pág. 94.

(308)

Memoria Hacienda 1835, citada por
Pedro CUNILL, *Geohistoria del
poblamiento venezolano en el siglo XIX*,
tomo III, pág. 2.208.

(309)

Carta de Agustín Codazzi dirigida al
Gobernador de Guayana, Caicara,
14 marzo 1838. Ministerio de Fomento,
reproducida en *Apuntes Estadísticos
de los Territorios Federales* (Amazonas),
1875, págs. 7-8.

(310)

F. MICHELENA y ROJAS, *Exploración
oficial por la primera vez desde el
norte de la América del Sur...*, publicada
bajo los auspicios del Gobierno de
Venezuela, A. Lacroix, Verboeckhoven
et Ca. Bruselas, 1867, págs. 359-360.

quien enseñó a los indios a utilizar los pecíolos del chiquichique,...

Este oficial es el único blanco que vino de Angostura al Gran Pará, pasando por tierra desde las fuentes del Río Caroní a las del Río Branco. Había estudiado la fabricación de las cuerdas de chiquichique en las colonias portuguesas; y después de su regreso del Amazonas introdujo esta industria en las misiones de Guayana» (304). ─

46 Los indígenas la adoptaron rápidamente para fabricar espías muy utilizadas en la navegación fluvial. Entre ellos los que vivían en las comarcas del Casiquiare, denominando **titía** a esta palmera y a sus fibras. A finales del período de la Venezuela Hispánica se testimonió el trabajo de los indígenas emplazados en misiones amazónicas en la elaboración de cuerdas de esta palmera chiquichique, que fue prontamente valorizada por Alejandro de Humboldt en la misión de San Miguel de Davipe emplazada en la desembocadura del río Conorocho en las riberas del río Negro: «Apenas tuvimos tiempo de examinar en el convento unos grandes montones de la resina **maní** y las cuerdas de la palmera chiquichiqui, que bien merece ser conocida en Europa. Estas cuerdas son extremadamente ligeras, flotan en el agua y resisten mucho más en las navegaciones de los ríos, que las de cáñamo. En el mar, con el fin de conservarlas, es necesario mojarlas a menudo y resguardarlas del sol tropical» (305). ─

47 En 1800 se iniciaban las primeras exportaciones, señalando Alejandro de Humboldt sus extraordinarias perspectivas: «Sería interesante que se pudieran establecer grandes cordelerías en los bordes del Río Negro y del Casiquiare, con el fin de hacer con estos cables un objeto de comercio con Europa. Ya se ha exportado una pequeña cantidad de ellos, de Angostura a las Antillas» (306). Cuarenta años más tarde, Agustín Codazzi reiteraba sus posibilidades: «Abundantísima es en Río Negro la llamada chiquichiqui, la cual echa anualmente unas barbas negruzcas con que hacen los indios sus famosas cabuyas y cables elásticos, incorruptibles y ligeros» (307). ─

48 Se exportaron estas fibras de **chiquichique**, denominándose también **cabos de Río Negro**, desde las primeras décadas del siglo XIX, registrándose como una de las más importantes en 1834 (308). Sus extracciones masivas fueron acompañadas con exacciones a los indígenas efectuadas con trueques abusivos por comerciantes y autoridades criollas. Ello fue denunciado en 1835 en carta de Agustín Codazzi al gobernador de Guayana, haciéndole ver los abusos de las insensibles autoridades locales: «La primera medida que toman al recibir el bastón, es la de llamar a todos los indios inútiles, hacerles abandonar sus conucos y casas, y llevarlos al Casiquiare a cortar madera; otros a reunir chiquichiqui, y después a torcer cabuya, a construir lanchas; mientras que las mujeres las emplean en tejer chinchorros, dándoles su pacotilla al 500 por ciento» (309). Ello se seguía experimentando en los pueblos de Guainía en la década de 1860: «Hasta Maroa, todas tienen más o menos la misma industria: torcer cables de chiquichiqui, construir embarcaciones y hacer chinchorros. Todas estas poblaciones han sufrido y probablemente continúan aún con el régimen bajo el cual viven sometidos al mando de los especuladores» (310). ─

49 Las relaciones comerciales extrarregionales tienen dos focos de atracción, Ciudad Bolívar y las comarcas brasileñas del Pará, evidenciándose una cierta especialización en los tráficos: «Ciudad Bolívar y el Pará o Manaos, son los dos mercados a donde se dirige el comerciante, pues hay renglones como el chiquichiqui en rama, la zarza y los chinchorros, que tienen mucha mejor aceptación en el Brasil que en Ciudad Bolívar, donde con-

(311)

MINISTERIO DE FOMENTO,
*Apuntes Estadísticos de los Territorios
Federales* (Amazonas), Imprenta
Federal, Caracas, 1876, pág. 53.

(312)

Adolfo ERNST, *La fibra de
chiquichiqui*, artículo en el *Boletín
del Ministerio de Obras Públicas*,
Caracas, núm. 60, II-III-1891.
En *Obras completas*, op. cit., *Botánica*,
tomo I, pág. 147.

(313)

Tomás CARRILLO BATALLA,
Cuentas nacionales de Venezuela,
1831-1873, op. cit., págs. 461-491.

(314)

Adolfo ERNST, *La Exposición
Nacional de Venezuela en 1883*,
op. cit., tomo III, págs. 430-431.

viene llevar el aceite de copaiba y demás productos; el caucho se vende con igual mérito en los dos mercados»⁽³¹¹⁾. En 1881 se precisaba que desde San Carlos de Río Negro se dirigía la mitad de la producción por el Río Negro y Amazonas a Pará y Bahía, mientras que el resto se dirigía por el Orinoco a Ciudad Bolívar⁽³¹²⁾. El chiquichique se exportaba en estado de fibras sueltas, arregladas en fardos o pacas, o torcidas en cables de 60 brazas de largo. La fibra seguía siendo utilizada tanto para los cables, como para escobas, cepillos, tejidos gruesos y otros artículos semejantes. ─

- ⁵⁰ Las exportaciones fueron sostenidas. Entre 1835 a 1855 se registraron cantidades de más de 11.644 pulgadas de cables de Río Negro⁽³¹³⁾. En el año económico de 1882 a 1883 se exportaron 2.000 kilogramos de cabos de Río Negro desde Puerto Cabello, 11.500 kilogramos desde Ciudad Bolívar y 27.573 kilogramos desde San Carlos de Río Negro, dirigiéndose este último a los puertos brasileños de Santa Isabel y Manaos⁽³¹⁴⁾. Hasta el presente continúa esta artesanía que vivifica múltiples poblados en el Amazonas venezolano. La extrema sensibilidad en la artesanía de este producto se puede sentir al contemplar las sobrias escobas de uso doméstico de un haz de fibras de chiquichique de los indígenas curripacos o cestas admirables de los indígenas piapocos. ─